

LOS OJOS DE LUTO
LOS OJOS DE LUTO

ADAPTACIÓN DE LOS HERMANOS ÁLVAREZ
QUITERO

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

2001

LOS OJOS DE LUTO

PERSONAJES:

OLVIDO

CONSUELO

LEANDRO

Escenografía.

Balneario en Morelos. Se ven muchas plantas en un jardín. Muebles propios de ese lugar. Hay una banca de metal fija al piso.

Vienen, paseando, olvido y consuelo. Son primas de diferente edad. Olvido es joven, bella, interesante. Consuelo es casi una niña. Olvido viste de negro, con algún discreto y alegre adorno.

OLVIDO.- *(Después de disfrutar, en silencio, la delicia del lugar).* ¡Qué hermoso día! ¡Cuánta luz!... ¡Qué campo tan bonito! Y ¡cuánto perfume!... Yo gozo mucho con el olfato

CONSUELO.- ¿Con qué?

OLVIDO.- Oliendo estos olores, que parecen privilegio de este estado.

CONSUELO.- Esos dicen todos los de afuera: que aquí el campo huele mejor y más fuerte que en ningún sitio. ¿En la capital no hay campo, verdad; no hay más que calles?

OLVIDO.- No, ¿de dónde sacas eso? Allá cuesta más trabajo dar con el campo, pero lo hay.

CONSUELO.- Ya me lo maliciaba yo. ¿Te gustó la capilla de la Guadalupe, Olvido?

OLVIDO.- Mucho: por lo sencilla, por lo humilde... Yo no puedo con esas iglesias modernas, tan chillonas y tan recargadas. En estas capillas entran más ganas de rezar, parecen estar más conformes con la idea de Dios.

CONSUELO.- No te pongas triste.

OLVIDO.- No te preocupes.

CONSUELO.- ¡Qué bien te han sentado las aguas!

LOS OJOS DE LUTO

OLVIDO.- De maravilla. Bendigo a mi médico, que me las descubrió. Yo no tenía la menor noticia ni de Temixco ni de los milagros de sus aguas. Me han mejorado tanto de mi tristeza, que ya ves, vine por quince días al balneario y llevo más de un mes.

CONSUELO.- Para las personas que duermen mal, para los que tienen ataques, para los que se ponen tristes sin desgracia ninguna, hasta para los que están un poco chiflados, son aguas muy recomendadas.

OLVIDO.- Yo padezco de todo eso un poquito.

Va a sentarse, y ante la imperiosa e inesperada advertencia de Consuelo, se detiene.

CONSUELO.- ¡No te sientes ahí!

OLVIDO.- Por qué no.

CONSUELO.- No te sientes. Dicen que la que se sienta una vez ahí ya no se casa nunca.

OLVIDO.- (*Ríe*) ¿Eso dicen?

CONSUELO.- Eso.

OLVIDO.- (*Para ella misma*). Entonces ¿cómo me ha citado aquí ese hombre?

CONSUELO.- ¿Qué?

OLVIDO.- No hablaba contigo.

CONSUELO.- ¡Ah! Mira como tiene hasta musgo. Nadie se acerca a ella ni a dos metros.

OLVIDO.- ¿De dónde viene esta leyenda?

CONSUELO.- ¿Ahora sí hablas conmigo?

OLVIDO.- Sí.

CONSUELO.- Se cuenta, y esto es muy antiguo, que una novia se sentó en esta banca a esperar al novio y que el novio no vino, la dejó plantada. Otros dicen que aquí se dio un tiro un marido muy enamorado, cuando supo que lo engañaba su mujer. El resultado es que la banca tiene esta fama: que la que se sienta en ella, ya no se casa nunca.

OLVIDO.- Como ya me casé una vez y no pienso casarme otra...¡ay!...me puedo sentar tranquilamente. (*Lo hace*).

CONSUELO.- (*Moviendo tristemente la cabeza*). El chasco que se van a llevar muchos.

OLVIDO.- ¿Por qué?

LOS OJOS DE LUTO

CONSUELO.- No creas que no me he dado cuenta que desde que llegaste tienes a todos los del pueblo alborotados.

OLVIDO.- (*Sonríe*). ¿Qué horas son? No traje mi reloj.

CONSUELO.- Como las tres y media, si quieres voy a preguntar la hora exacta.

OLVIDO.- No, no hace falta. Me ha cansado el paseo.

CONSUELO.- Es que de mi pueblo a este lugar siempre está algo retirado. Yo también lo noto en las piernas.

OLVIDO.- Siéntate.

CONSUELO.- (*Da un brinco hacia atrás*). ¿Ahí? Ni loca.

OLVIDO.- (*Ríe*). Qué risa.

CONSUELO.- Alguien viene.

OLVIDO.- ¿Quién?

CONSUELO.- Uno del pueblo. El hijo de doña Josefa Rincón.

OLVIDO.- ¡Ah! Sí: Leandro. Lo esperaba.

CONSUELO.- ¿Lo esperabas?

OLVIDO.- Nos citamos aquí.

CONSUELO.- Y así ¿has tenido el valor de sentarte en la banca?

OLVIDO.- Ya lo ves. Lo espero sentada.

CONSUELO.- Es el hijo de mero mero del pueblo. Todas andan tras sus huesitos.

OLVIDO.- Allá hay muchachas muy bellas, puede escoger una.

CONSUELO.- Sólo que a él no le gusta ninguna. Y no porque sean feas, ni porque no tengan dinero. Lo que pasa es que vive medio año en México y está hecho más a la finura y al señorío. Además a él le gusta vacilar a todas. No creo que se case nunca.

OLVIDO.- No sé para qué me cuentas todo esto. Yo por mi parte...Figúrate: voy a hablar con él de un negocio.

CONSUELO.- ¿De un negocio?

OLVIDO.- Sí. Él es el que administra los terrenos de su padre. ¿O no?

CONSUELO.- Creo que sí.

OLVIDO.- Se me antojó comprar esa huerta que tienen a la entrada del pueblo.

CONSUELO.- ¿La huerta de aguacates y mameyes?

LOS OJOS DE LUTO

OLVIDO.- Esa mera. Estoy tan agradecida a este lugar por mi salud que quiero obligarme, adquiriendo una finca, pasar mis vacaciones aquí.

CONSUELO.- Ay, qué bien. Mira, ya llegó. Se viene riendo, como si viniera a ver a su novia.

OLVIDO.- Pues buen chasco se va a llevar.

CONSUELO.- ¿Me dejas que me vaya a comprar un refresco?

OLVIDO.- Ve.

Consuelo sale. Olvido inclina la cabeza y baja los ojos. Sin embargo está atenta a la entrada de Leandro. Éste es un joven bien parecido.

LEANDRO.—Olvidito, muy buenas tardes.

OLVIDO.- Prefiero que me diga Olvido, ése es mi nombre.

LEANDRO.- Buenas tardes, Olvido.

OLVIDO.- Buenas tardes, Leandro.

LEANDRO.- Qué puntual...y qué guapa.

OLVIDO.- ¿Es éste el sitio que usted me propuso para que habláramos, no es cierto?

LEANDRO.- Éste, precisamente, no. La verdad sea dicha. Yo le indiqué a usted los alrededores de la capilla; ¿recuerda? Y esperaba hallarla en aquella otra banca.

OLVIDO.- ¿Qué más da una que otra?

LEANDRO.- Parece que aquella está más en la sombra.

OLVIDO.- Hoy no hay tanto sol.

LEANDRO.-Pero hace un poco de calor.

Leandro se seca el sudor.

OLVIDO.- Lo noto un poco nervioso.

LEANDRO.- ¿Nervioso? No, señora. ¿Por qué lo dice usted?

OLVIDO.- ¡Qué sé yo! Se me figuró.

LEANDRO.- Es natural que su presencia me haya causado algún efecto.

LOS OJOS DE LUTO

OLVIDO. Hombre, si hubiese sido inesperada, tal vez...Pero desde anoche ya ha podido usted hacerse a la idea.

LEANDRO.- Hay realidades, Olvidito; hay realidades...que cuando se tocan...que cuando se tocan...que cuando se tocan...

OLVIDO.- Pare usted de tocar. Y de hacer visajes. Me temo que va usted también a tener que tomar esta agua.

LEANDRO.- No, no, señora. ¡A menos que usted me las recete!

OLVIDO.- Si es por eso., Yo se las he de recetar a todo el mundo. En la tristeza de mi soledad, en el desasosiego de mi alma...¡les debo tantísimo! Les debo la salud del cuerpo, que es, por lo menos, la mitad de la otra. Siéntese usted, Leandro.

LEANDRO.- ¿Que me siente?

OLVIDO.- Sí, digo, si quiere usted sentarse.

LEANDRO.- Yo, sí...con gusto. (*Se queda de pie*)

OLVIDO.- Pues no lo noto.

LEANDRO.- Es que me sorprende que usted...No sé si me atreva... ¿Conoce usted la leyenda...?

OLVIDO.-Me la refirió Consuelo.

LEANDRO.- ¿Entonces?

OLVIDO.- Entonces ¿qué?

LEANDRO.- ¿Usted no cree en supersticiones, en leyendas?

OLVIDO.- Al contrario: porque creo en ellas me he sentado sin vacilar en esta banca y no en aquella otra, amigo mío.

LEANDRO.- (*Tragando saliva*). Ya. (*Se queda un rato en silencio. De repente, se decide y se sienta al lado de olvido*). ¡Sea lo que Dios diga!

OLVIDO.- ¿Y usted, cree o no cree en lo que de esta banca se dice?

LEANDRO.- Ni poco ni mucho. Pero me felicito que usted crea. Está usted en el estado perfecto de la mujer: ¡viuda! ¡Qué encanto!-dicho sea con perdón-.¡No pierda usted jamás esta libertad de golondrina!

OLVIDO.- ¿De golondrina?

LEANDRO.- Sí: las alas negras, la...la pechuguita blanca...Además, la golondrina sube al cielo, baja a la tierra...

LOS OJOS DE LUTO

OLVIDO.- En la tierra estamos, Leandro, dejemos el cielo. De todo tiene traza esta conversación menos de preliminar de un negocio.

LEANDRO.- No lo crea usted: los tratos de negocios principian casi siempre por conversaciones a cien leguas de ellos...No parece sino que haya miedo de entrar en el asunto.

OLVIDO.- Usted lo sabrá. Yo hasta ahora no...

LEANDRO.- ¡Claro! Pues, sí, sí; volviendo a lo que hablábamos: conserve usted, Olvido, la libertad lograda a costa de su pena. ¡Dichosa libertad la del corazón! ¡Oh, las viudas!... ¡las viudas!

OLVIDO.- ¡Qué entusiasmo por las viudas, Leandro! ¿Le gustan a usted los ojos de luto?

LEANDRO.- ¿Los ojos negros?

OLVIDO.- No; los ojos de luto. Es otra cosa.

LEANDRO.- Diga usted.

OLVIDO.- Tiene un sentido original la frase. Un amigo mío, un poco chiflado o un poco poeta, dice que las mujeres no se ponen los ojos de luto sino por el amante o el marido. Muere el padre, muere el hermano, muere un tío...y ellas visten de negro su persona y hasta su alma: pero los ojos siguen del color que tenían. Muere el marido o el amante...y entonces, sólo entonces, enlutan sus ojos. ¿Qué le parece a usted?

LEANDRO.- Muy bien; muy bonito. Pero ¿no es hora ya de que los de usted se vayan aliviando?

OLVIDO.- Por Dios, deje eso...Cambiemos la conversación. Ya conoce usted mi firme decisión, Leandro; mi pena imborrable...

LEANDRO.- ¿Imborrable? ¿Y lo afirma usted que lleva el nombre de Olvido? El tiempo se encarga...

OLVIDO.- No, Leandro, no; yo creo que no sea como muchas. Mis ojos seguirán de luto toda la vida.

LEANDRO.- ¡Mejor! ¡Así me encantarán toda la vida a mí! (*Olvido le sonrío*). Lo extraordinario es que se hayan emborrachado estando de luto.

OLVIDO.- ¿Cómo dice usted?

LEANDRO.- No es la primera vez que le hago a usted esta observación. Sus ojos de usted están borrachos: fíjese luego en casa, ante el espejo.

OLVIDO.- ¿Borrachos? ¡Vaya un desatino!

LOS OJOS DE LUTO

LEANDRO.- Tienen así como un mareo, una vacilación luminosa...Nada, que están borrachos. Y el derecho ha bebido una copita más que el otro.

OLVIDO.- Me hará usted reír. Mejor hablemos de la huerta, que es a lo que aquí hemos venido.

LEANDRO.- Yo, no.

OLVIDO.- ¿Que usted no?

LEANDRO.- No señora.

OLVIDO.- (*Poniéndose de pie*). ¡Ah! pues, entonces, buenas tardes.

LEANDRO.- ¡Olvido!

OLVIDO.- ¡Leandro! ¿Qué equivocado concepto tiene usted de mí?

LEANDRO.- No se enoje usted; no se ofenda conmigo. He dicho que no he venido aquí a tratar de la huerta, porque considero que la huerta es de usted, desde el momento en que usted la desea.

OLVIDO.- Eso es muy galante, pero yo no lo puedo aceptar.

LEANDRO.- Veremos.

OLVIDO.- No, no veremos.

LEANDRO.- Pues no veremos. Ello ha de ser todo a gusto de usted.

OLVIDO.- ¡Jesús, qué hombre!

LEANDRO.- Yo quiero que aprovechemos esta soledad, esta hora, para hablar de amor.

OLVIDO.- ¡Ave María Purísima!

LEANDRO.- Ya lo dije.

OLVIDO.- ¿Para hablar de amor?... ¿Sabe usted lo que me pide? Esto sí que me ofende.

LEANDRO.- ¡No!

OLVIDO.- ¡Sí, me ofende! ¿Y es usted el que hace unos momentos me aconsejaba que no perdiera mi libertad?

LEANDRO.- E insisto en mi consejo: el amor no esclaviza, el que esclaviza es el matrimonio.

OLVIDO.- No desbarre usted: no pierda yo la buena opinión que de usted he formado. El matrimonio es cosa bendita; pacto duradero, no sujeto a las contingencias y veleidades del amor mentiroso o liviano. ¡Qué dicha! Encontrar a un compañero en la vida a quien poder decirle: “Dame la mano: ven conmigo. Juntos iremos hasta el fin, venga lo que viniere. ¡Partiremos por igual dolor y alegría!”

LEANDRO.- (*Impresionado*). Feliz mortal debió de ser su esposo, señora.

LOS OJOS DE LUTO

OLVIDO.- Lo fue. Como yo.

LEANDRO.- ¿Cuánto tiempo estuvo usted casada?

OLVIDO.- Tres años.

LEANDRO.- Y ¿no le ha quedado a usted ningún hijo?

OLVIDO.- No he tenido ninguno.,

LEANDRO.- ¿Lo lamenta?

OLVIDO.- Con toda mi alma.

LEANDRO.- Me prometió usted la otra tarde enseñarme un día el retrato de...

OLVIDO.- ¿De Enrique?

LEANDRO.- ¿Se llamaba Enrique?

OLVIDO.- ¿Mi marido? Sí. Enrique León. Va usted a verlo. (*Abre un medallón que lleva pendiente del pecho y se lo muestra, después de besarlo*). Mire usted.

LEANDRO.- (*Atónito*). ¿Eh?

OLVIDO.- ¿Qué?

LEANDRO.- ¿Enrique León?

OLVIDO.- Sí.

LEANDRO.- (*Sin poder contenerse*). ¡Éste no es Enrique León!

OLVIDO.- ¿Qué está usted diciendo?

LEANDRO.- ¡Que éste no es Enrique León!

OLVIDO.- Pero ¿se ha vuelto usted loco, Leandro?

LEANDRO.- ¡No, señora! ¡No pretenda usted burlarse de mí! ¡Este no es Enrique León, sino Pepe Navarro, el arquitecto! Viví con él en México hace un año, juntos a todas horas! ¿Por qué se turba usted?

OLVIDO.- ¿Yo, Leandro?

LEANDRO.- Usted, sí: usted se turba, Olvido..Le tiembla a usted el color en la cara...¿ Qué es esto?

OLVIDO.- (*Afligida*). Pues esto...esto... ¡Ay, Dios mío! ¡También ha sido casualidad! ¡Qué rara casualidad!

LEANDRO.- ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Es Pepe Navarro, efectivamente?

OLVIDO.- ¡Yo qué sé cómo diablos se llama!

LOS OJOS DE LUTO

LEANDRO.- Pero ¿no aseguraba usted que era su marido?

OLVIDO.- Sí, pero... ¡Ay, ay, ay!...Usted verá... ¡Virgen Santa, lo que va usted a pensar de mí!

Leandro, ¿estoy delante de un caballero?

LEANDRO.- Sin duda.

OLVIDO.- ¿De un hombre de honor?

LEANDRO.- De honor; de honor. Palabra de honor. Soy un hombre de honor...que ahora mismo tiene muy mal sabor de boca.

OLVIDO.- ¿Usted a nadie le confiará nada de esto?

LEANDRO.- A nadie.

OLVIDO.- ¡A nadie! ¡Júrelo!

LEANDRO.- Se lo juro a usted.

OLVIDO.- Pues bien, Leandro, sepa usted la verdad: yo no soy viuda.

LEANDRO.- (*Se acerca. Feliz*). ¿Es usted casada?

OLVIDO.- No, señor, soy soltera. (*Leandro se retira instintivamente*). ¡No huya tan pronto, hombre de Dios!

LEANDRO.- (*Turbadísimo*). No, no señora, no huyo... ¡Qué tontería! Digo, no, señorita, no huyo...Lo que es que estoy perplejo.. que no sé lo que me sucede...que no acierto a dar en el clavo...¡que no me explico, ¡vaya!, este simulacro de viudez! A...ahora me he puesto más nervioso que antes.

OLVIDO.- Reflexione usted un momento y se lo explicará. ¿No es usted el hombre que adora los ojos de luto? Aquí no puede haber nada extraño más que mi atrevimiento. Óigame usted. Yo, en México, tengo muchas amigas entre casadas, solteras y viudas. Las casadas, casadas están y son felices, o no; a las solteras no les sale un novio ni para un remedio; las viudas van a casarse todas otra vez.

LEANDRO.- (*Comprendiendo con cierto terror*). Ya, ya, ya, ya, ya...

OLVIDO.- ¿Se va dando cuenta de mi artimaña? Yo, en México, vivía con los nervios de punta; desesperada, llamando inútilmente al amor. El médico de la casa me recetó estas aguas benéficas. Mi familia no podía acompañarme así que discurrí esta diablura. Me vestí de negro, me enluté los ojos, y tomé el auto solita y me vine a buscar a mi prima Consuelo. Mi hermano Antonio al terminar su carrera se retrató con sus compañeros: recorté de entre ellos el que me cayó más en

LOS OJOS DE LUTO

gracia y tenía más bigote, que es éste, y lo metí en el medallón para darle verosimilitud a mi falso estado. ¡Hasta se ha ganado algunos besos!

LEANDRO.- Ya, ya, ya...

OLVIDO.- En quince días en este lugar me han salido ya más pretendientes que en todos mis años de soltera. ¡Así me han sentado las aguas! (*Con rubor repentino*). Discúlpeme usted. (*Vuelve a la banca. Leandro se pasea, preocupado, inquieto. Parece que quiere escaparse. Olvido lo observa. Pausa*). ¿Qué es esto? ¿Habla usted solo?

LEANDRO.- ¿Hablo solo? Es posible.

OLVIDO.- Pues aún yo estoy aquí.

LEANDRO.- Ya, ya lo veo.

OLVIDO.- Y note usted si mi engaño está justificado o no: antes de descubrirlo, quería usted comerme; y apenas ha sabido usted que soy soltera, el campo le parece estrecho para correr.

LEANDRO.- No, no por cierto, Olvido. No interprete usted a su antojo...Es que la revelación es insólita...desconcierta a una estatua de bronce. Deje usted que me recobre un poco...(*Muy serio*). ¡Tiene gracia! ¡Tiene mucha gracia!

OLVIDO.- Bueno, pero dígalo usted con otra cara, porque, si no, parece que no le ha hecho ninguna.

LEANDRO.- (*Riendo nervioso*). ¡Tiene, tiene gracia! Le advierto a usted, Olvido, que yo he pensado mucho en esta atracción indudable que sobre casi todos los hombres ejercen las viudas... ¿En qué cree usted que consiste? ¿En qué se apoya?

OLVIDO.- ¡Ay, amigo mío! Se apoya en mil razones. Yo las he analizado todas antes de decidirme...a enviudar.

LEANDRO.- Seré curioso.

OLVIDO.- La primera es que, al pretender a una viuda, el rival con que lucha el hombre...está bajo tierra. No le puede dar ningún disgusto.

LEANDRO.- Claro, eso es.

OLVIDO.- Y el hombre, generalmente vanidoso, se recrea en la suposición de que hasta que no ha llegado él no ha sentido aquella mujer el amor verdadero. Los hay muy presumidos. ¡Y como el otro no pía!..

LEANDRO.- (*Ríe forzado*).

LOS OJOS DE LUTO

OLVIDO.- Luego, el instinto de conservación también contribuye...

LEANDRO.- No comprendo.

OLVIDO.- Pues es muy fácil. El hombre imagina que una mujer que ha enviudado una vez, lo natural es que no enviude otra. Y se acerca a ella, como diciendo sin decirlo: “Ahora te toca a ti” ¿No?

LEANDRO.- No está mal observado, no.

OLVIDO.- Aunque suelen darse chascos muy grandes. Además, Leandro, ¿con cuantas armas no cuenta la viuda que no puede esgrimir la soltera! ¿Qué juicio le hubiera merecido yo a usted si de soltera le doy esta cita? Con franqueza.

LEANDRO.- Sí, sí...me hubiera parecido un poco atrevida, por lo menos.

OLVIDO.- En cambio, con los ojos de luto...

LEANDRO.- La he encontrado muy natural...muy natural. Una cosa muy natural.

OLVIDO.- Y ¿dónde me deja usted en la plática? A mí me encanta poner en la conversación un poco de picardía...de mostaza.

LEANDRO.- ¿Sí, eh?

OLVIDO.- ¡Señor, si una no se ha criado en ningún rancho! ¡Si está enterada de muchas cosas que tiene que fingir que no sabe! Bueno, pues de soltera, ni mostaza...ni picardía. Y, naturalmente, los muchachos nos toman como tontas. Y no somos tan tontas.

LEANDRO.- No, no; usted no es nada tonta, no.

OLVIDO.- Lo dice usted porque me ha conocido viuda. Y vea usted qué absurdo: los papás no quieren que una se permita la menor libertad, ni aún dentro del recato, y luego le echan a una en cara que no tiene gancho para los hombres. ¿No lo hemos de tener? ¡Y muy bien afilado! Pero nos obligan a guardarlo en la cómoda. Las viudas, por el contrario, lo llevan colgado de la cintura, y sazonan su charla con sal, con pimienta, con mostaza, con cuanto necesitan sin que nadie les censure por ello. A lo sumo, se dice: “Ay, qué original es fulanita” Una soltera un poco libre, asusta. “¡Jesús, qué niña! Se le quiere meter por los ojos! “Una viuda más que libre, seduce”. “Lo que en una es defecto, es gracia en la otra” ¿En que piensa usted?

LEANDRO.- En eso; en todo eso; es la verdad de todo eso.

OLVIDO.- Pues hay más todavía. A una mujer que pasa de los treinta se le califica de solterona y no se le dedican sino desaires y frases despectivas. “A vestir santos”, es lo mejor que oye. Una

LOS OJOS DE LUTO

viuda de la misma edad, “¡está en punto de caramelo!” ¡Caramba! ¡Si caramelo es una, caramelo es la otra!

LEANDRO.-. Más...más caramelo la soltera, porque...porque aún está envuelta en su envoltura. (*Olvido ríe*). ¿Le ha hecho a usted gracia?

OLVIDO.- Sí.

LEANDRO. Pues lo iba a decir en otra forma un poquito más libre; pero he tenido en cuenta que...

Olvido.- Sí; que ya soy soltera.

LEANDRO.- Eso.

OLVIDO.- Y la razón suprema que lleva a los hombres a la predilección por las viudas es lo vedado. Una soltera dice ingenuamente: “ Yo me quiero casar” Una viuda dice: “Yo no quiero casarme” Y a ésa es a quien persigue el hombre.

LEANDRO.- Tiene usted mucho talento.

OLVIDO.- Qué va. No tengo más que corazón para sentir las cosas.

LEANDRO.- Y es usted una actriz consumada: ¡con qué arte ha sabido fingir la viudez!

OLVIDO.- Pues, mire usted: no me agradaría quedarme viuda.

LEANDRO.- ¡Ni a mí que se quedase!

OLVIDO.- Por lo pronto, Leandro, descubierta ya la trama, no soy más que una solterita inocente. Le suplico a usted, pues...

LEANDRO.- ¿Qué?

OLVIDO.- No es correcto que continuemos aquí hablando solos.

LEANDRO.- ¡Si para los demás usted es viuda!

OLVIDO.- Pero no para usted. Y ahora su opinión empieza a importarme.

LEANDRO.- ¿De veras, Olvido?

OLVIDO.- No le contesto a usted que no sé mentir, porque no va usted a creerme.

Regresa consuelo. Los ve muy amartelados en la banca. Se esconde para oír y que no la vean.

LEANDRO.- Bien, pero no sólo porque usted cambie inopinadamente de estado, yo voy a renunciar a hablar con usted.

LOS OJOS DE LUTO

OLVIDO.- No se trata de eso, sino de que hablemos de otra manera. Yo necesito que me acompañe alguien...Es posible que venga mañana a este sitio con Consuelo.

LEANDRO.- ¿A esta hora?

OLVIDO.- ¿Para qué vamos a cambiar?

LEANDRO.- Pues yo me haré el encontradizo.

OLVIDO.- Perfectamente.

LEANDRO.- Y ahora la dejo a usted, ya que me lo suplica. Sin contar con que me hace falta andar lo menos seis o siete kilómetros para entrar en terreno seguro. ¡Han sido muchas vueltas. Porque...vamos...una soltera que acabe en viuda...a nadie puede sorprenderle; pero ¡una viuda que termine en soltera!...Ah, caramba. Para mí eso es nuevo en la historia.

OLVIDO.- Y ¿le pesa a usted?

LEANDRO.- Qué locura.

OLVIDO.- ¿Hasta mañana, entonces?

LEANDRO.- Hasta mañana. ¡Y recuerde que le dije que la huerta era suya...!

OLVIDO.- Aquí mismo, ¿eh?

LEANDRO.- Aquí mismo.

OLVIDO.- ¿En la banca de la leyenda?

LEANDRO.- ¿Por qué no? Vamos a terminar con ella, nosotros.

OLVIDO.- Por mí...

LEANDRO.- Pues ¡por mí!... ¡Caramba, qué nervioso estoy! Hasta mañana. (*Se va haciendo gestos*).

OLVIDO.- Adiós.

Consuelo se acerca. Ve la cara de felicidad de Olvido.

CONSUELO.- ¿Y eso dicen de la banca? Si es al contrario. *Se sienta como en un sillón.* ¡Lo que es que yo no pierdo más el tiempo!

OLVIDO.- Es simpático, parece buen chico. ¡Un auto lleno de las viudas va a salir de México para acá cuando se sepa esto! (*Ríe. Recita*).

Solteritas sin fin, no tengáis duda:

LOS OJOS DE LUTO

Al hombre más rebelde o más astuto,
Se le vence con armas de viuda,
Con los ojos de luto.

FIN

LOS OJOS DE LUTO

RESUMEN: ADAPTACIÓN DE UNA OBRA CORTA DE LOS HERMANOS ÁLVAREZ QUINTERO. UNA MUJER FINGE SER VIUDA PARA PODER CONQUISTAR A LOS HOMBRES QUE LE TIENEN MIEDO A LAS SOLTERAS.

PERSONAJES: DOS MUJERES Y UN HOMBRE